

## El cuento de Santa Claus

El cuento de Santa Claus empieza  
una noche de invierno en la que esta  
acababa de ponerse la chimenea y una  
gran bufera.

"Es una gran noche para salir"  
pensó Santa Claus mientras el granizo  
golpeaba con fuerza el cristal de las  
ventanas y los copos de nieve se  
escurrían por el tejado de la casa.

"Es una de esas noches en las que  
apetace saltarse junto a la chimenea a  
correr galletas con leche templada"  
pensó.

Metió los pies en su par de calcetines  
más gruesos, sacudió entonces el todo  
en sus pesadas botas y buscó en varios  
lugares hasta encontrar un buen par

de guantes. Al terminar de vestirse, se colocó frente al espejo y dijo:

"¡Con razón todos creen que soy grueso! ¡Lleva demasiada ropa encima! ¡Ja, ja, ja!"

Fuera de casa se encontraba Rudolf, su principal rival. Estaba tranquilo, con ansias de recibir la orden de partir. El frío apretaba tanto, que los patines del trineo estaban congelados.

Santa Claus revisó que todos los regalos estuvieran en orden y emprendió el vuelo a través de una densa cortina de nieve.

"¡Ja, ja, ja, ¡ja!" dijo Santa Claus.

"No pareces muy animado" dijo Rudolf.

"No estoy muy entusiasmado con esta navidad. ¿Por qué hay que celebrarla

¿cómo te habiaras tan mal tiempo? ¿Por  
qué siempre es cuando hace frío?"  
dijo Santa Claus.

"Estoy de acuerdo contigo, este tiempo  
es peligroso para viajar, un resaca podría  
romperse una pata" respondió Rudolf.

Hicieron parada en un tejado cubierto  
de hielo resbaladizo. Rudolf miró de  
reajo a Santa Claus y le dijo:

"¿Qué tal si este año no utilizas las  
chimeneas?"

"¿De qué forma entraría a las  
casas? No tendría gracia tocar la  
puerta" respondió Santa Claus  
mientras encogía los hombros.

Metió su pie derecho en la chimenea,  
luego el izquierdo y se tapó la nariz  
con los dedos mientras caía por la  
oscura chimenea.

El frío invierno le había hecho ponerse demasiada ropa. Era tanta que no se podía deslizar libremente por la chimenea y quedó atascado a la mitad.

"No vuelva a pasar por aquí! El próximo año vendré con antelación!"

"¿Cómo de antelación?" respondió Rudolf.

"Muy adelantado, vendré en julio" respondió Santa Claus, quien se sintió mejor solo de pensarlo.

El mes de julio llegó con velocidad y, Santa Claus, había trabajado muy duro para tener todos los regalos listos a tiempo.

"Dicen que los carritos son tan buenos como los discursos, esta navidad en verano me hacen mucha

ilusión. Esta vez vamos a usar el truco de seis vueltas, no será necesario llevar el viaje truco" = le dijo Santa Claus a Rudolf.

El extracto de la chimenea no fue problema en esta ocasión. Santa Claus bajó suavemente por ella, como una moneda deslizándose por el bolsillo del pantalón.

Ya estando de casa, se puso de pie en la alfombra para sacudirse el polvo de la nariz.

Al echar un vistazo rápido, se percató de que algo no iba bien. No había leche ni galletas. No estaba puesto el árbol de navidad, no había guirnaldas o decoraciones de algún tipo, ¡ni siquiera estaban los regalos! La casa estaba sola y deshabitada.

Lo peor era es que al no haber árbol o zapatos, Santa Claus no tenía donde dejar los regalos, tuvo entonces que subir la chimenea de vuelta con todos estos cuernos.

"Si quieres creer que no había nadie esperándote tu casa está sola, todos se han ido de vacaciones" te decía a Rudolf mientras jadeaba por el calor y escurría gotas de sudor.

Rudolf no te prestó atención, estaba demasiado ocupado sacudiendo de sus orejas y nariz un enjambre de moscas y mosquitos que lo estaban molestando.

"No hay moscas en invierno!" refunfuñaba Rudolf.

Lo mismo ocurría en las demás casas. Pero si tu familia no se había ido, era peor, porque los niños estaban despiertos por el calor.

En más de una ocasión tuvo que volver a subir sigilosamente por la chimenea a riesgo de ser visto. Y para colmo de todo, una familia alertó a la policía de haber escuchado ruidos en su chimenea.

"¡Hay un ladrón en nuestra chimenea!"

"¡No vuelva a pasar por esta!" dijo Santa Claus mientras se mantenía sobre el trineo y se marchaba a toda velocidad.

Los regalos que no habrían podido ser repartidos, caían del trineo a causa de las abruptas sacudidas.

"¡Guardadlos con cuidado!  
¡Incredibles! ¡Solo esto nos faltaba! ¡No vuelva a pasar por esta!" dijo Santa Claus.

Para entregar debidamente todos los regalos, tuvo entonces que salir el día de nochebuena, como era tradición.

Una vez más, se colocó varias capas de ropa para intentar protegerse del frío. Rudolf por su parte sacó el viejo y pesado trineo. Ambos estaban molestos, así que galoparon sin mediar palabra.

Santa Claus no sentía ganas de gritar su clásico "jo, ja, ja, ¡jaj!" o siquiera soltar un pequeño "ja, ja, ja".

Entre la molestia y los apuros, había olvidado ponerse otro par de calcetines y el frío comenzaba a pasar factura.

Al llegar a la problemática chimenea, Santa Claus apretó bien su cinturón, se montó la bolsa de regalos en el hombro y terminó sentándose en la chimenea.



"No sé ni por qué me esfuerzo!"  
murmuraba molesto mientras hacía  
fuerza para entrar.

Al llegar al sótano de la casa, diez  
quirruabdas cruzaban el techo de un  
lado al otro.

En una esquina, había un enorme  
árbol de navidad, sus ramas eran  
frondosas y sostenían cientos de luces  
de colores. En ese momento, un rayo de  
luz blanca entró por la ventana,  
iluminando la sala y evidenciando así  
la felicitaciones de navidad.

"Para Santa Claus" decía una nota  
sobre la mesa. Al lado, de un vaso de  
leche y una docena de galletas que  
Santa Claus bebió y comió con  
avociación.

En las habitaciones adyacentes, los  
niños estaban bien abrigados y

profundamente dormidos. En los pies de las curvas, habían zapatos y, en cada zapato, una nota para Santa Claus.

"La Navidad es verdaderamente hermosa" dijo Santa Claus mientras suspiraba.

Subió de nuevo al tejado, esta vez sin los regalos. Ahora era más fácil escalar y su barba congelada por el frío evitaba que le entrase nada por la nariz.

"Disculpena Rudolf, pero desde hoy repartiré siempre los regalos en Nochebuena. La felicidad y la ilusión de los niños es lo más importante de todo".

Rudolf, mientras tanto, admiraba con ilusión el inmenso cielo estrellado.

"Ja, ja, ja, jajá" se dijo Rudolf  
asimismo = "¡Qué hermosa es tu  
navidad!"